

Dom

20 Feb

Homilía de VII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”

Introducción

El cristianismo nos propone un ideal de vida elevado. Ese ideal antes que en consignas específicas se plasma en una persona: en Jesucristo. Él es la encarnación misma de Dios. Él es el camino y la puerta que nos permite acceder al corazón de Dios para entablar con Él una relación auténtica, que nos permita conocerle y conocernos para mejor amarle y amarnos a nosotros mismos y entre nosotros. El Antiguo Testamento invita los israelitas a imitar la santidad de Dios, Jesús nos exhortará a imitar su perfección, o –según la versión del evangelio de san Lucas– a imitar su misericordia. Esto sería pretencioso e inalcanzable si no se fundara en sus palabras y si no contáramos con la gracia de su Espíritu que lo hace posible.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Levítico 19, 1-2. 17-18

El Señor habló así a Moisés: «Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo. No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor”».

Salmo

Salmo 102, 1-2. 3-4. 8 y 10. 12-13 R/. El Señor es compasivo y misericordioso

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R/. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. R/. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. No nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. R/. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 3, 16-23

Hermanos: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros. Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: «Él caza a los sabios en su astucia». Y también: «El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce que son vanos». Así, pues, que nadie se gloríe en los hombres, pues todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 38-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas. Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

Pautas para la homilía

«Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios soy santo»

El pueblo de Israel adora en su Dios al «Santo», como si «Santo» fuera su nombre propio y como si la santidad bastara para definirlo. En efecto, el nombre «Santo» expresa lo que es absolutamente exclusivo de Dios, lo que le pertenece sólo a él, toda su riqueza y trascendencia. Entre Dios y la santidad hay una verdadera equivalencia. Su santidad es su misma esencia, su naturaleza, su ser. Los otros atributos que encontramos en la Escritura sirven para expresar su rostro concreto, sus rasgos característicos, como el de la misericordia, la ternura, la gracia, pero no bastan por sí mismos para expresar lo que es el Dios verdadero.

La santidad es exclusiva de Dios en el sentido de que solo él puede «santificarse» a sí mismo, es decir, mostrar su santidad. Sin embargo, Dios ha querido compartir con su pueblo algo de esta santidad.

La santidad de Dios se revela en su forma de obrar y de conducir a su pueblo. Este pueblo está llamado a reproducir con su conducta la figura personal del Dios santo.

Los profetas acentuaron con fuerza el carácter moral de la santidad de Dios, aunque desde muy antiguo ya se tenía conciencia de ello. Desde la perspectiva moral, Dios es concebido por los profetas como la «pureza perfecta». En cambio los ídolos se caracterizan especialmente por su inmoralidad. Yahvé está por encima de todo lo pecaminoso y ni siquiera puede ser inducido a pecar. Es absolutamente impecable y la fuente de toda moralidad. Por eso abomina todo pecado. Nadie puede competir con Él en perfección moral. La santidad de Dios revela al ser humano su pecado, pero al mismo tiempo le libera de él. El ideal de perfección moral es la traducción más profunda de la «santidad».

La santidad aparece en Israel como un requisito esencial para relacionarse con el Dios tres veces santo. Las exigencias de la alianza se convierten en los imperativos de la santidad. Se plasman en concreto en vencer la tentación del odio al hermano o al pariente, y en amar al prójimo como a uno mismo. Aunque el prójimo en ese momento se entendía como el que comparte la misma religión. Jesús transformará este concepto de prójimo extendiéndolo a todo ser humano, sobre todo a aquellos que necesita de nuestra ayuda.

«¿No sabéis que sois templos de Dios...?»

San Pablo recuerda a los Corintios que todos los bautizados son templo de Dios. El bautismo es una consagración a Dios de todo nuestro ser: alma y cuerpo. El templo es el lugar donde Dios habita. Ese habitar no es algo pasivo. Dios no está en los bautizados sin hacer nada, sino que está ahí impulsando su vida, inspirándola, dando fuerza, santificando... Al bautizado le corresponde, en primer lugar, ser consciente de esa presencia, y luego acogerla, cuidarla, estar atento a todas sus insinuaciones y secundarlas. El templo es también el lugar donde Dios se encuentra con los hombres. Todo bautizado se convierte así en lugar de encuentro con la divinidad. Pero esta alta concepción del cristiano se puede trasponer a todo ser humano. Dios habita en todo ser humano, aunque para el no creyente es una presencia por descubrir, al menos de forma consciente. Por eso, todo ser humano nos merece un gran respeto en todo su ser. Hoy se hace más necesario que nunca recuperar esta dignidad perdida. No solo cada uno puede profanar el templo que es, sino también el templo que son los otros. Y hoy esta profanación es muy frecuente, y se lleva a cabo de muchas maneras. La lista sería interminable.

Pablo continúa su carta contraponiendo dos sabidurías: la sabiduría de este mundo y la sabiduría de Dios. Toda verdadera sabiduría tiene su fuente en Dios. Pero cuando los sabios, apartándose de la Fuente, se dejan seducir por la vanidad, su sabiduría se vuelve necedad.

«No hagáis frente al que os agravia»

El pasaje evangélico de este domingo completa las antítesis iniciadas el domingo pasado. La primera se refiere a la ley del talión, que en su momento supuso un gran progreso, porque ponía un límite a la venganza. Ya no se trataba de responder con un daño superior al que a uno le habían causado, sino limitarse a un daño idéntico al recibido. Aunque la venganza es la primera reacción instintiva que brota en el corazón humano ante cualquier agravio, Jesús pide a sus discípulos que renuncien ella y que superen el odio y el resentimiento contra quienes les afrentan incluso gravemente. Cuando les pide que pongan la otra mejilla al que les abofetea en la mejilla derecha, o que le entreguen también el manto al que pleitea con ellos para quitarles la túnica, Jesús les está diciendo que, cuando está en cuestión la paz, deben renunciar a sus derechos, o que no hay que defender a cualquier precio los propios derechos. Sin duda no hay que tomar al pie de la letra estas recomendaciones, sino seguir en todo el ejemplo de Jesús, quien en el juicio que le hicieron en casa del sumo sacerdote, cuando un soldado le abofeteó, no puso la otra mejilla, sino que se rebeló y le preguntó al soldado por qué le pegaba. También los cristianos de hoy debemos discernir las ocasiones en que se seguirá un bien mayor, no sólo para uno mismo sino también para el agresor o para otros, si renunciemos a nuestros derechos, o si no llevamos nuestros derechos hasta el límite de lo permitido. O dicho de otra forma, siempre que esté en juego la salvación de alguien habrá que renunciar, total o parcialmente, a los propios derechos. Aunque esto no se hace, en la mayoría de los casos, de forma espontánea, sino con esfuerzo y, a veces, con mucho dolor.

Jesús exhorta también a sus discípulos a la generosidad con los que les piden algo, dando más de lo que se pide.

La siguiente antítesis que comenta Jesús dice así: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo». Realmente, tal y como Jesús la formula, no se encuentra en ningún pasaje de la Escritura, aunque sí se llevaba a la práctica. Jesús, en cambio, exhorta a sus discípulos a amar a sus enemigos, e incluso a hacer el bien a los que les aborrecen, y a rezar por los que los persiguen y calumnian. Y la razón última de este comportamiento no es otra que la conducta misma de Dios. Es así como Dios se comporta con todos. Dios no odia nada de cuanto existe, porque sino —como dice la Escritura— no lo habría creado. Dios hace el bien a todos antes de que lo merezcamos. No espera a que merezcamos algo para amarnos. Nos ama primero para que nosotros podamos amarle. Nuestro amor por Dios es la respuesta agradecida al amor que Él nos tiene. Dios ama también a sus enemigos y espera que este amor los convierta en amigos. San Pablo dirá que «aún cuando éramos enemigos de Dios, Cristo murió por nosotros» (Rm 5, 8). Amar como Dios ama es una cuestión de dignidad: si somos hijos de Dios, nuestro amor tiene que estar a la altura de esta dignidad; debemos imitar el amor de Dios nuestro Padre. Aunque, por otra parte, hay que subrayar que nada hay tan exigente como el amor, pues el amor verdadero condena todo egoísmo.

«Sed perfectos...»

La perfección de Dios que Jesús nos pide imitar es la perfección en el amor. La prueba del amor de Dios por nosotros llega a su cumbre en la encarnación de su Hijo y en el misterio pascual. En Jesús descubrimos hasta qué punto Dios nos ama. Es un amor de Padre y de amigo que se nos concede experimentar cada

día, aunque para captarlo exige con frecuencia mucha atención.

Que no se aparte de nosotros el deseo de corresponder al amor que Dios nos tiene, amando a quienes Él mismo pone en nuestra historia.



Fray Manuel Ángel Martínez Juan
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

VII Domingo del tiempo ordinario - 20 de febrero de 2011



Amor a los enemigos

Mateo 5, 38-48

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: -Sabéis que está mandado: «Ojo por ojo, diente por diente». Pues yo os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehuyas. Habéis oído que se dijo: -Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo en cambio os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

Explicación

Hoy Jesús nos explica que quiere decirnos cuando nos manda amarnos entre nosotros. Dar a quien nos pida, rezar por los que nos persiguen, hacer las paces con nuestros enemigos y tomar ejemplo de Dios Padre que cuando va a salir el sol se olvida de que hay hombres malos y lo hace salir para alegría de todos, buenos, malos, justos, injustos...

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SÉPTIMO DOMINGO ORDINARIO – “A” (Mateo 5, 38-48)

NIÑO : Señor, el domingo pasado nos dijiste que somos sal y luz. Y nos dijiste cómo debíamos de comportarnos. ¿Quieres decirnos algo más?

JESÚS: Mirad, sabéis que por ser muy cabezones se nos ha dicho “ojo por ojo y diente por diente”, pero yo os digo: No hagáis nunca mal a nadie.

NIÑA: Sí, Maestro, pero cuando alguien te fastidia... ya sabes.

JESÚS: Sí, lo sé, pero si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale la otra; si alguien te pide que le acompañes un kilómetro, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado no le pongas excusas.

NIÑO: Eso que nos pides es muy difícil.

JESÚS: ¿Vosotros queréis ser felices? ¿Queréis ser discípulos míos?

NIÑO: Claro que sí. Tu, nos quieres mucho y eres nuestro Maestro, pero...

JESÚS: Si queréis ser felices de verdad, tenéis que aprender a amar de verdad a todos. No puedes amar sólo al que te cae bien. Fijaos bien, hay que amar incluso al enemigo.

NIÑA: Pero Jesús, jeso es muy difícil de cumplir! Además... ¿qué pasa si me insultan?

JESÚS: Solamente cuando ames de verdad, entenderás lo que significa ser hermano e hijo de nuestro padre Dios.

NIÑO: Entonces... ¿tenemos que querer a todos, aunque nos caigan mal?

JESÚS: Solamente así seremos hijos de nuestro padre Dios. Porque si amas a los que te quieren ¿qué haces de especial? Eso lo hace todo el mundo

NIÑA: Maestro, como decíamos el domingo pasado: dices las cosas muy claras pero son tan difíciles de cumplir, que te puedes quedar más solo que la una.

JESÚS: No son difíciles, son sencillas y además la única manera de entender que todos somos hermanos y que debemos hacer la vida cada día más feliz a todas las personas con las que nos encontremos. Tenemos que imitar a nuestro padre celestial y amarnos como él nos ama.

NIÑO: Muy bien, Maestro, intentaremos hacer todo esto que nos dices, pero ayúdanos.

JESÚS: No os preocupéis. El que confía en mí sabe que yo siempre estoy con vosotros

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández